

¡aron llevar de tal modo por su inclinación á denigrar á los españoles, pintándolos como misántropos y no como personas cultas, que tuvo que hacer un esfuerzo para decidirse á visitar un país cuyos habitantes no parecían estar hechos á semejanza de los demás hombres». Si esto decía un extranjero, no tiene nada de particular que el P. Feijóo, en su *Teatro crítico* (tomo IV, pág. 321), hablase de que el vulgo de los extranjeros regula á España por la vecindad de Africa, y apenas la distingue de aquellos bárbaros, y que Masdeu, en el *Discurso preliminar* de su *Historia crítica*, dijera que estaban llenos los libros extranjeros de vituperios contra España, «ya infamando su clima y pintando el país horriblemente á-pero y silvestre, estéril é infecundo por naturaleza, ya reconociendo la feracidad del terreno y la bondad del aire, pero representando á los habitantes á guisa de salvajes negligentes, y como tales, inhábiles para la industria é incapaces para el buen gusto y los estudios». En efecto, cuantos pisaron España dieron muestras después de desagrado y de hostilidad. Contados son los libros en los cuales se habla de nuestra patria con simpatía ó con justicia. Desde el primer relato de que se tiene noticia exacta, hasta el más reciente, todos se inspiran en el mismo desdén, todos contienen iguales ó parecidos errores, todos interpretan torcidamente los hechos más vulgares, todos encarecen el atraso en que nos encontramos. Lo más que hacen es demostrar hacia nosotros una compasión semejante á la que los hombres hechos y derechos sienten por los viejos decrepitos ó por los niños raquíuticos.

En el siglo XII, un peregrino francés de los muchos que por aquel entonces acudían á Santiago de Compostela, escribe un *Itinerario* y

aprovecha la ocasión para ponderar el salvajismo de los vascongados. Esta fué la primera noticia que pudo tener Francia de nosotros. Tres siglos después, un noble polaco, Nicolás de Popielovo, que viajó por España en 1489, no se recata para contar en su relato que los gallegos eran groseros, los portugueses lo mismo y los habitantes de Andalucía mucho más, porque viviendo con brutos sarracenos, en mucha parte siguen sus costumbres. Y como si esto fuera poco para desacreditar á un país, añade que en Galicia, Portugal, Vizcaya, Andalucía y otras partes, el bello sexo era tan relajado de costumbres, que raramente se podía hallar una joven adornada de virtudes. (*Viajes de extranjeros por España y Portugal en los siglos XV, XVI, XVII*, traducidos y anotados por F. R., Madrid.) En 1466, el bohemio León de Rosmihal, que se dignó visitarnos en la época de mayor perturbación del reinado de Enrique IV, se maravilla y asombra de la inmoralidad de Olmedo, residencia de la Corte, y así lo hace constar en la relación de su viaje. (*Viajes por España*, anotados y publicados por D. Antonio Fabié) Dos años después, en 1468, un francés, Roberto Gaguin, bibliotecario de Carlos VIII y de Luis XII, escribe desde España á sus amigos y compara á ambos países. Con decir que ni siquiera le gustaron los melones de nuestra patria, siendo como son de tanta nombradía y abundancia, está dicho que de la comparación salimos harto malparados. (*Études sur l'Espagne*, par Morel Fatío, I serie.) En el siglo XVI son muchos los extranjeros que vienen á España y la visitan. Guicciardini, Embajador de Florencia en la Corte de Carlos V, hace en la relación de su jornada atinadas consideraciones en materia política, pero censura acremente el carácter y las costumbres

de los españoles. «Son hombres sutiles y astutos, dice; no se distinguen en ningún arte mecánico ni liberal; no se dedican al comercio, considerándolo vergonzoso; todos tienen en la cabeza ciertos humos de hidalgo; la pobreza es grande; son muy avaros, muy dispuestos al robo, nada aficionados á las letras, y en apariencia religiosos, pero no en la realidad...» (*Viajes por España*, anotados por Fabié.)

Años después, otro Embajador, Navajero, veneciano, pondera en su Relación la falta de habitantes padecida por España y las necesidades que pasan al viajar por ella los que no han tenido la prudencia de proveerse de lo necesario... Estas ponderaciones son frecuentes en los Embajadores de la Serenísima República. (*Relazioni degli Ambasciatori Veneti*, Florencia, 1862, *Spagna*, 2 vols.) Por aquella época otro francés, Juan Chapelain, traductor de *Guzmán de Alfarache*, enterado, por lo tanto, de las cosas de nuestra patria, escribía que los españoles no gustaban de las letras y que era milagroso que de entre mil de ellos saliese un sabio. Si los españoles eran tan zotes, ¿cómo sería el que se arriesgaba á traducirlos?

Para un Brantôme, que abandonaba la tranquilidad de su casa por tal de ver pasar á los soldados españoles que se encaminaban á Flandes tan galanes, que cada uno parecía un caballero, ó para un Schott, autor de la *Hispania Illustrata*, había una docena de Chapelains, imitadores, traductores y difamadores nuestros.

JULIÁN JUDERÍAS.

(Continuará.)



LA ESCUADRA INGLESA EN BARCELONA

Dibujo de Barta.